

LA VERDAD, ALIMENTO DEL ALMA EN UNA CULTURA LÍQUIDA

Lucilo ECHAZARRETA SARABIA, OAR

Resumen

La sociedad actual se levanta al sonido de 'fake news'. La polarización política, el relativismo social y la poca consistencia personal han procurado el caldo de cultivo propicio para que se asista a una 'institucionalización de la mentira' en todos los órdenes de la vida. Se asiste, dicen los sociólogos, a la era de la posverdad. Mas la nueva situación ¿abre cauces a la integración, a la confianza y a la seguridad? Desde su experiencia personal, Agustín de Hipona recuerda la importancia de la verdad como ese existencial humano que posibilita el autoconocimiento, el diálogo interpersonal y la forja de un entramado social sobre las bases de una cultura del encuentro. He aquí, una de las aportaciones del obispo norteafricano a la cultura universal.

Abstract

Contemporary society rises to the sound of 'fake news'. Political polarization, social relativism and a lack of personal consistency have provided a breeding ground for the 'institutionalization of lies' in all walks of life. We are witnessing, as sociologists would say, the era of post-truth. But does the new situation open the way to integration, trust and security? From his personal experience, Augustine of Hippo recalls the importance of truth as that human existential reality that makes possible self-knowledge, interpersonal dialogue and the forging of a social fabric on the basis of a culture of encounter. This is one of the North African bishop's contributions to culture in general.

1. Para entrar en el santuario

La verdad es el camino de crecimiento humano, sea en forma de progreso social o científico, o en línea de despliegue moral. Sin embargo, en nuestros tiempos de posmodernidad, el espejo de la verdad se ha fragmentado en mil trozos asemejándose a las minúsculas piezas de un puzle imposible de recomponer. El pensamiento blando de la sociedad actual ataca dos flancos vitales del hombre. El primer golpe va contra la interioridad: la persona es desenraizada de su propio humus vital e histórico, quedando así des-definido, desenraizado, carente de sentido óptico. El segundo ataque va contra la verdad: la verdad no puede existir y, si existe, no se puede conocer, dicen los correligionarios del pensamiento blando.

Ambas realidades, interioridad y verdad, son núcleos fuertes en el pensamiento de san Agustín, y ambas son constructos que hay que revitalizar en nuestros días para construir individuos con consistencia personal.

Agustín propone ya en una de sus primeras obras, *Soliloquios*: «Deseo conocer a Dios y al alma», con lo que se formula un objetivo preciso en el camino de la verdad: *Noverim me, noverim te*, «que me conozca, Señor, que te conozca»¹. Más tarde, expresará: «La verdad es el alimento del alma»².

El progreso en la pureza moral hace que la visión pueda clarificarse para encontrar la verdad. Se requiere el método de un aprendizaje disciplinado: «Sin orden, la felicidad (la consecución de la sabiduría) apenas es posible»³. En tal dirección abre el intelecto a la luz de la fe: la sabiduría no se alcanza en un solo camino, dice ya en estos primeros años de su andadura filosófica, sino que se deja ayudar por el principio de autoridad y por la firmeza de la Iglesia.

Vistas estas concomitancias de distintos factores intelectivos, deducimos que el uso correcto de la inteligencia, la búsqueda continua de la verdad, el encuentro con la sabiduría, la implicación de toda la persona en esta tarea, el hallazgo de la felicidad y de la plenitud y otras instancias de la psique humana, son cuerdas que se trenzan continuamente en el pensamiento de Agustín para elaborar la soga firme y dúctil de la persona: interioridad, verdad, inteligencia, corazón, felicidad, persona, virtud, amor... son algunos de los hilos que se entrelazan a lo largo de toda su peregrinación como buscador de la verdad.

Sin el uso adecuado y máximo del intelecto no hay en san Agustín ni interioridad, ni verdad, ni felicidad, ni fe. Y no lo hay, porque, sin inteligencia en uso, no hay sujeto, no hay persona humana, porque esta no habría puesto a ejercitar las facultades del alma que muestran la máxima dignidad del hombre. La interioridad exige una conexión entre la inteligencia que conoce y la inteligencia que proyecta al hombre hacia el exterior; por tanto, no se dará interioridad verdadera ni persona integrada sin recto uso de la inteligencia⁴.

Todo hombre que ejercite la búsqueda sincera de lo trascendente y de lo inmanente traspasando la mera materialidad, alienta un espíritu agustiniano. Es motivo todo esto para, siquiera en el breve espacio de estas líneas, invitar a toda persona, en especial a docentes, pastoralistas y responsables de la educación, a

1 *sol.* 1,13,23.

2 *ep.* 1,3.

3 *sol.* 1,13,23.

4 Cf. L. ECHAZARRETA, *Interioridad: Proyecto de vida. Vol. I: El yo integrado*, Uniagustiniana, Bogotá 2018, 103.

adentrarnos en el santuario de la verdad. El santuario de Delfos abría sus pórticos con el *gnosce te ipsum*, conócete a ti mismo. Puedes conocer la verdad, las verdades suficientes y la verdad necesaria. Agustín explica que la poquedad humilde de la duda, o incluso la apreciación del propio error, se convierten en antídotos contra el escepticismo y en pasos hacia la verdad: «Si me engaño, entonces existo»: *si fallor, sum*⁵.

2. La verdad, luz y cimiento de la persona

El hombre se mide con la verdad. El hombre se desarrolla en un mapa existencial dentro de unas coordenadas que le dan seguridad y orientación. Por ello el hombre está delimitado por la verdad, se mide con la verdad y es medido por ella. La verdad es un valor constitutivo de la persona, pues la libertad, la inteligencia y la finalidad última del hombre tienen sentido en ella: la verdad es la vía segura de salida del hombre hacia lo que hay fuera de sí y también la vía cierta de entrada a su propio yo. Si no hubiera verdad ni posibilidad de adherirnos a ella, la persona se perdería en la inacción del escepticismo.

a. La verdad como “*adaequatio*”

La aproximación teórica que trata de captar el *proprium* de la verdad –definirla sintéticamente y comprenderla analíticamente– parte del concepto de ajuste o adecuación entre la mente (que piensa) y el objeto (que es captado como *especie* o como *semejanza*). Esta “adecuación” la selló santo Tomás con la fórmula *adequatio rei et intellectus*⁶. No es objeto de este trabajo profundizar esta cuestión esencial a la filosofía.

b. La verdad como confianza y estabilidad

La noción bíblica de verdad es diferente a la concepción intelectualista de los griegos, pues no se dedica a des-velar lo oculto, sino que se funda en una experiencia de contacto con Dios.

- a) En el Antiguo Testamento, se expresa la verdad con el término *emeth*, proveniente del vocablo *áman*, que da origen al *amén* litúrgico. *Emeth* significa sólido, consistente, y designa sobre todo la confianza que sus-

5 *ciu. Dei* 11,26.

6 *Qu. Disp. de Veritate, qu. 1, art.3, ad Resp.*

cita en el interlocutor. Verdad *emeth* es aquello en lo que podemos apoyarnos. Por el contrario, mentira se designa con la palabra *séquer*: lo inconsistente, lo vano.

La *emeth* de Dios está ligada con su intervención en la historia en favor de su pueblo. Yahveh es el Dios fiel. Por lo que se refiere a la contraparte humana, “*emeth* de los hombres”, designa directamente su fidelidad a la alianza y a la ley divina; son “hombres de verdad” (Ex 18,21), hombres de confianza que temen a Dios⁷.

- b) En el Nuevo Testamento se emplea el vocablo *aletheia*, que es la fidelidad y verdad de Dios que se ha hecho presente en Jesús, «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14); el testigo de la verdad (cf. Jn 18,37; Ap 3,14), en el cual está la verdad (cf. Ef 4,21), por ser él mismo la verdad (cf. Jn 14,6). En Jesús se da una posibilidad nueva según la cual Dios le permite al hombre *hacer* verdad, o sea, dar sentido, estabilidad y consistencia a su vida.
- c) Verdad desde la teología eclesial. Un buscador cristiano de la verdad está sometido a una instancia de interioridad. En efecto, percibe intelectualmente que todas sus solicitudes intelectivas se hallan no suprimidas, sino elevadas a una dimensión suma, y que el hallazgo de su objeto –verdad– rebasa su expectativa inicial al encontrarse ante el primado de la verdad que es verdad-gracia, verdad-sentido, verdad-persona, verdad-encuentro que conduce a una transformante armonización de la persona buscadora con la persona Verdad –Dios–. La inteligencia natural tiene que ponerse en funcionamiento para esta tarea intelectual, pero las facultades del alma tienen también resortes de conocimiento espiritual, más profundo, porque *in interiore homine habitat veritas*, en el hombre interior habita la verdad, dice san Agustín⁸.

Esta instancia de conocimiento máximo es asumida y desarrollada por la acción interiorizadora del Espíritu. Él es el pedagogo de la verdad (cf. Jn 16,13), que la suscita en el hombre como fruto suyo (cf. Ef 5,9). El ‘maestro interior’ es el que de verdad enseña las verdades que salvan al hombre una vez que ha sido este despertado por las diversas instancias intelectuales que recibe de los ‘maestros exteriores’ que nos instruyen. Más acá del Espíritu, la verdad es letra, palabra

⁷ Cf. X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona, 1982. Voz ‘Verdad’, 930s.

⁸ Cf. *vera rel.* 39,72.

exterior. Por la acción creadora y re-creadora del Espíritu, la verdad penetra en el corazón del hombre haciéndolo verdadero en su ser –equiparable a su deber– de persona nueva en Cristo. Por ello el cristiano no conoce simplemente la verdad: está en la verdad. Y su anuncio es más que una enseñanza, un testimonio⁹.

3. Abordaje a la verdad en la cultura líquida

La verdad ontológica o verdad lógica que hemos brevemente presentado no es una cuestión que hoy atraiga a las gentes del mundo postmoderno. La verdad hoy más bien se relaciona con el mundo de la técnica, que ha producido una visión eficientista de la misma. Y sobre todo, la verdad se ve como una gota más en el mar de las ideologías que absolutizan verdades parciales, cuyo principal adversario es la verdad lógica o la verdad ontológica. Hoy se desecha la filosofía. Estamos en un cambio de época en la que la ‘esencia’ “«es el cambio, y por ende, lo que llamábamos ‘accidente’ ahora usurpa el puesto de la ‘esencia’». Se da la escisión de la verdad, el debilitamiento del pensamiento racional, el ingreso en un vértigo de opiniones que producen al hombre de hoy indiferencia ante la inabarcable segmentación de verdades. El espejo se ha roto y no es fácil recomponer con los fragmentos un discurso coherente. Veamos algunas de las manifestaciones de esta proliferación de opiniones o ideologías que no quieren ser llamadas pseudoverdades o mentiras sino «verdades alternativas».

a. Posverdad

El diccionario de Oxford admitió el neologismo *posverdad* como palabra ‘estrella’ del año 2016. Se entiende –se entendió en aquel año, pero los tiempos corren mucho– por *posverdad* el hecho de que los datos objetivos tienen menos relevancia en la formación de las personas y en la gestación de la opinión pública que las llamadas a la emoción, al gusto personal, al toque halagador y a las creencias en boga. La verdad ha sido destronada por la palabra engolosinadora. El regalo vale lo que su envoltorio y este es avasallante cuando lleva colores y fibras emotivas.

J. Francois Lyotard dice que «todo consenso no es indicio de verdad; pero supone que la verdad de un enunciado no puede dejar de suscitar un consenso»¹⁰. Idea que se ofrece bajo la siguiente hipótesis: no importa si hay verdad o no; todo

9 Cf. M. COZZOLI, “Verdad/veracidad”: F. Compagnoni, G. Piana, S. Privitera, M. Vidal (dirs.), *Nuevo diccionario de Teología Moral*, Paulinas, Madrid 1990, 1849.

10 J. F. LYOTARD, *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid 1979, 22.

enunciado suscita un ‘revuelo’ y el revuelo en torno a esa afirmación es lo que importa, ese revoloteo o movimiento agitado de semienunciados y criptoverdades, es lo verdadero, es la nueva realidad-verdad que se acaba de producir. Este revuelo suele ser emotivo, irracional, difuso... y esas son las caras propagandísticas atrayentes de la nueva verdad. Así se van fragmentando las realidades en microrrelatos atrayentes, individuales, mutantes, simplificadores y desimplicantes. Esa es la nueva novedad-verdad. Ya no es la “*adecuación del intelecto con la cosa*”, sino más bien la gustosa acomodación del enunciado al sentimiento del oyente; y siempre con posibilidad de nuevas versiones. En este fragmentarismo cambiante y emotivo se han suprimido los ‘grandes relatos’.

b. Microrrelatos

Se han hecho añicos los grandes relatos. Es también el filósofo de la posmodernidad Jean Francois Lyotard el que afirma que la condición de la posverdad anula la credibilidad de los grandes relatos, esas narraciones madre en las que se trasvasa la cultura totalizadora de una civilización y de un pueblo, matriz filosófica con que grandes grupos humanos han entendido la vida. Desde finales del siglo XX, se abre camino en el campo de la discusión filosófica y epistemológica, un período histórico conocido por el nombre de ‘posmodernidad’, que tiene como principales estudiosos a Lyotard, Vattimo y Rorty. Los lazos sociales y la ciencia ordenaban el relato matriz de la historia, conducida así con una gran homogeneidad. Ahora, por el contrario, se da paso a la heterogeneidad¹¹.

c. El “datoísmo” o la red de sentido

Un planteamiento inquietante sobre nuestra sociedad actual lo hace Yuval Nohah Harari en su obra, éxito editorial, *Homo Deus*, y en las subsiguientes producciones del mismo tono. Es un profesor universitario de Historia, mas su línea de pensamiento parece navegar en la corriente de la posverdad, y su arte narrativo muestra gran habilidad para tejer los microrrelatos-historia. Su núcleo definitorio de verdad se puede formular así: «Lo que constituye verdad es el dato en red de sentido y la captación o aceptación que le haya otorgado el público»¹². Este

11 Cf. D. LYON, *Posmodernidad*, Alianza, Madrid 2000; J. Ballesteros Llopart, *Posmodernidad: decadencia o resistencia*, Tecnos, Madrid 1989; J. M^a. Mardones, *Posmodernidad y cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1995.

12 Cf. Y. N. HARARI, *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Liberdúplex, Barcelona 2017, 165.

autor afirma que es la ‘red de sentido’ la que crea las líneas de pensamiento y de organización de la sociedad; pero, a su vez, esta red está creada por los ‘narradores’, que son los nuevos imperios de la información capaces de desmitificar los grandes relatos históricos y de aunar un gran número de personas que se suman a los nuevos microrrelatos preparados para orientar las sociedades en direcciones inesperadas y sorprendentes.

Así es como se desarrolla la historia. La gente teje una red de sentido, cree en ella con todo su corazón, pero más pronto o más tarde la red se desenmaraña, y, cuando miramos atrás, no podemos entender cómo alguien pudo haberla tomado en serio¹³.

Así quedan anulados los magnos relatos escritos: la Biblia, el Corán o los Vedas.

El poder de las redes de cooperación humana depende de un delicado equilibrio entre la verdad y la ficción. Si distorsionamos demasiado la realidad, ello nos debilitará y no seremos capaces de competir contra rivales más perspicaces. Por otra parte, no podemos organizar con eficacia a masas de gente sin recurrir a algunos mitos ficticios. De modo que, si nos mantenemos en la pura realidad, sin mezclar en ella algo de ficción, poca gente nos seguirá¹⁴.

En definitiva, la sociedad del siglo XXI está ante un gran reto, llamado Verdad. ¿Vivimos en el mundo de las meras palabras? En la película *San Agustín, el hombre que se convirtió en santo*, situándonos en Cartago, hacia el año 380, presenta al senador y retórico Macrobio, quien, después de haberle enseñado al joven discípulo Agustín las artes de la retórica, según la cual el dominio y fuerza de las palabras es superior a la verdad de los hechos reales, le advierte a un novato Agustín, desconcertado al comprobar los desastrosos resultados provocados por su retórica vacía de verdad con la que ha ganado los aplausos del foro, pero ha forzado un veredicto judicial falaz causando una muerte injusta, con el siguiente consejo: «Ya te dije que, para ser un auténtico *rétor*, hace falta valor: ¡El valor de vivir sin la verdad!»¹⁵. En el siglo presente, ¿tenemos que acostumbrarnos a vivir sin la verdad?

13 Cf. *Ib.*, 171.

14 *Ib.*, 193s.

15 Ch. CUGUAY (director), “*San Agustín, el hombre que se convirtió en santo*” (Italia-Alemania, 2009); escrita por Francesco Arlanch.

d. La verdad prefabricada y ofrecida. Los medios de información-difusión

La vida social debe desarrollarse en los parámetros de la verdad, pues es esta el cimiento de la construcción armónica de la vida social en paz. La verdad, por otra parte, no ha de ser impuesta, ni parcial, sino que debería ser una armonización de verdad y caridad: *charitas in veritate*. Solo así la sociedad podrá crecer en paz, en progreso y en dignidad.

Sin embargo, hoy vemos que la verdad que se brinda a los ciudadanos está sometida a fuertes presiones de intereses, se presenta parcial o falaz, sirviendo así no al desarrollo humano en su dignidad, sino al dominio del hombre por medio de unos intereses espurios. Esta utilización de la ‘verdad’ como engaño o señuelo para fines comerciales, políticos y partidistas ha llegado a límites descarados, de manera que la falsificación más palpable de la verdad la estamos comprobando en la utilización que de ella hacen las fuerzas mediáticas, sociedades informáticas y potencias políticas. De este modo la falta de verdad social, la desinformación y el engaño circulan hoy como moneda de curso legal, siendo la más palmaria negación de la verdad. Mario García de Castro presenta la siguiente ‘hipótesis’ de trabajo con que abre su escrito:

En la nueva lógica política marcada por la confrontación y la polarización de posiciones, no existe una realidad verificable, solo una controversia entre los hechos y los ‘hechos alternativos’. Si todo es un constructo, ¿quién va a denunciar lo falso? ¿Quién va a impedir a los creadores de *fake news* luchar contra la poderosa hegemonía de los medios de comunicación?

Provengan de una línea política o de otra, la era de la posmodernidad se caracteriza por el predominio político de la verdad subjetiva. Es la hegemonía del subjetivismo cultural la base de la nueva autocracia digital que, desde la autocracia emocional, desprecia el conocimiento científico e intelectual. Decisiones, elecciones y nombramientos políticos de relevancia últimamente han sido originados por campañas mediáticas en las que los ideólogos parten del hecho de que la percepción emocional era lo único importante. Importa sobre todo el golpe emocional de la última hora, capaz de ganar o hacer perder unas elecciones. Los hechos no son hechos ni existen los datos, sino solo las interpretaciones. Los dominadores de las cadenas, distribuidores de la verdad al mundo, trabajan con la hipótesis de que lo que importa no es la verdad, sino el impacto; triunfa lo visceral y lo simple sobre la complejidad de lo real. Cuando los hechos se ponen en contra de un candidato o idea, se fabrica la ‘verdad alternativa’¹⁶.

16 M. GARCÍA DE CASTRO, «El ocaso de la verdad y el populismo digital»: <http://www.ipsnoticias.net/> IPS Inter Press Service, fecha de consulta 6 de marzo, 2021.

El papa Francisco denuncia en su última encíclica, *Fratelli tutti*, las manipulaciones que producen los medios contra la verdad y contra las personas empleando una agresividad sin pudor y movidos por grandes intereses económicos sociales y políticos, que teledirigen tanto las conciencias como los procesos democráticos:

Ello ha permitido que las ideologías pierdan todo pudor. Lo que hasta hace pocos años no podía ser dicho por alguien sin el riesgo de perder el respeto de todo el mundo, hoy puede ser expresado con toda crudeza aun por algunas autoridades políticas y permanecer impune (FT 45).

Podemos cerrar esta presentación de la verdad difuminada, verdad prefabricada y ofrecida, con estas palabras que, bajo el epígrafe *Información sin sabiduría*, escribe el Papa: «La verdadera sabiduría supone el encuentro con la realidad. Pero hoy todo se puede producir, disimular, alterar»(FT 47).

En el documento pontificio *Christus Vivit*, el papa Francisco advirtió que la sociedad líquida extirpa las raíces de la persona y deja a los jóvenes sin tierra de pertenencia, sin historia. Anima el Papa a que los jóvenes tengan casas y valores de pertenencia para poder sobrevivir a las tormentas:

Me duele ver que algunos les propongan a los jóvenes construir un futuro sin raíces, como si el mundo comenzara ahora. Porque ‘es imposible que alguien crezca si no tienes raíces fuertes que ayuden a estar bien sostenido y agarrado a la tierra’. Es fácil ‘volarse’ cuando no hay desde donde agarrarse, de donde sujetarse (ChV 179).

e. La sociedad líquida anula los vínculos

‘Posmodernidad’ es un término amplio que abarca al menos los últimos 30 años. A esa categoría de ‘posmodernidad’ se le han ido atribuyendo numerosos rasgos distintivos que vienen superpuestos, como pisándose los talones unos a otros. A esta serie de datos sociales, económicos, educativos, filosóficos y políticos, les ha dado una configuración unitaria Zygmunt Bauman, filósofo y sociólogo nacido en Polonia en 1925 y fallecido en Francia en 2017, que ha bautizado este tiempo con el nombre de ‘sociedad líquida’. Sus obras se dedican a desentrañar la ‘vida líquida’ en la que nos movemos. El elemento ‘líquido’ hace referencia a varias realidades que son nuevas en nuestra sociedad y que están en contraste fuerte con formas del pasado. Pueden ser resumidas así: «No hay consistencia en el razonamiento y en la filosofía, esta deja de ser concepto fijo y permanente y pasa a ser verdad variante, acomodaticia, tráfuga».

El sistema de pensamiento es el primero en recibir los embates de la ‘liquidez’, resultando un pensamiento alejado de la sustancia, de la metafísica, de la esencia, de la solidez del raciocinio, un pensamiento blando, una filosofía mutante. Se acabó la Óptica –ciencia que estudia el ser en cuanto tal– y se dio paso a la moda. La sociedad líquida se caracteriza por no tener rumbo fijo ni objetivos estables, pues, en cuanto líquida, no conserva por mucho tiempo ni la misma forma, ni los mismos criterios, ni idénticos objetivos. Zygmunt Bauman toma como paradigma expresivo del mundo líquido –móvil, elegante, liviano, impasible, estético, deportivo...– la siguiente estampa:

Fluyendo como el agua... avanzas veloz con ella, sin ir nunca contra la corriente, sin detenerte hasta estancarte, sin aferrarte a los márgenes ni a las rocas del río –los objetos, las situaciones o las personas que pasan por tu vida–, sin ni siquiera tratar de conservar tus opiniones o tu visión del mundo, sino simplemente sosteniendo ligera pero inteligentemente lo que se te vaya presentando a tu paso para inmediatamente soltarlo con elegancia, sin agarrarlo...¹⁷.

Nuestras vidas quedan definidas por la desvinculación, precariedad e incertidumbre constantes. Bauman, en sus obras, ha sabido describir los cambios esenciales que la sociedad ha ido generando, esos que están haciendo mella, porque afectan al ser de la persona, no solo a la carcasa de la sociedad. A partir del año 2000, año de publicación de *Modernidad líquida*, el filósofo polaco publica una serie de obras que resumen sus conceptos sobre la realidad que nos rodea¹⁸. De este modo vivimos una de las aporías del mundo moderno: el individualismo es la base y, a su vez, la individualidad personal queda aniquilada. Igualmente, aparece el amor líquido que, en lugar de ejercer relaciones permanentes, pone al corazón en perpetuo movimiento de radar en busca de nuevas opciones. Para Zygmunt Bauman estas relaciones son las que dan nombre a su concepto de *amor líquido*.

Se abona la filosofía líquida y la racionalidad emotiva. Se caracteriza esta por ausencia de compromiso intelectual teórico que proponga una racionalidad en el análisis de la realidad, y menos aún cuando se trata de realidades teóricas,

17 Z. BAUMAN, *Vida líquida*, Austral, Madrid 2006, 13.

18 Como más representativas para el tema de nuestro trabajo apuntamos las siguientes: *La postmodernidad y sus descontentos*, Akal, Madrid 2001; *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1999; *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, México 2005; *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, Gedisa, Barcelona 2008; *Retrotopía*, Paidós, Barcelona 2017.

filosóficas, trascendentes o religiosas. Malos tiempos para la filosofía, para el pensamiento riguroso, para la racionalidad y para la lógica: la verdad está devaluada.

f. Verdad y persona en sociedad líquida

Cuando se desfigura la verdad, se desconfigura la persona. El síndrome del mundo postmoderno globalizado que afecta al eje 'verdad' viene dado por estas cuatro realidades, en opinión de Bauman: la impaciencia, el conocimiento, el cambio contemporáneo y la memoria. Reseñaremos brevemente qué dice el filósofo polaco solo sobre el conocimiento y la memoria.

Antiguamente la educación impartía un conocimiento duradero y en ello radicaba su fuerza; en la sociedad postmoderna no tiene eficacia lo duradero ni tiene encanto, se usa de lo efímero, se disfruta lo mutante y novedoso. También la educación está incluida en el síndrome de lo efímero: la corriente 'educativa' del mundo líquido ha liquidado todo lo que tenga que ver con el compromiso, con la obligación y con la responsabilidad. El conocimiento pasa a ser producto mercantil, rápido y agradable, y por ende se entiende que debe aportar novedad y poco más.

Veamos algo sobre el síndrome actual de la memoria. La educación sólida que ofrecía conocimientos verdaderos y durables ponía en alza la facultad de la memoria, pero cuando ha devenido en una educación líquida, ya no se requiere de esta facultad archivadora. Más bien, esta es vista como entorpecedora del rápido camino de la educación, puesto que hoy la educación debe promocionar ingenio, novedad y megas vacíos disponibles para estar en línea de modernidad. En este proceso, el conocimiento postmoderno proporciona verdades elásticas, indefinición¹⁹.

De modo provisional, aportamos aquí algunos elementos de solución a esta situación de disolución o crisis educacional que estamos viendo, a la que la trayectoria educativa humanista y cristiana debe salir al paso de modo claro y propositivo. José Antonio Marina, en su obra *Aprender a vivir*, determina que, para el mundo contemporáneo, se debe implantar una civilización del cuidado, una maternalización de la sociedad, aspectos ambos que conformarían una civilización verdaderamente humana. No podemos dejar pasar el tiempo en esta ambigüedad educadora contemporánea:

19 Cf. Z. BAUMAN, *Los Retos de la Educación en la Modernidad Líquida* – Otras Voces en Educación http://otrasvoceseneducacion.org/archivos/252968_2/9; <http://abooksclub>.

No podemos andar con paños calientes. Si queremos educar bien a nuestra infancia, es decir, educarla para la felicidad y la dignidad, es imprescindible una movilización educativa de la sociedad civil, que retome el espíritu del viejo proverbio africano: ‘Para educar a un niño hace falta la tribu entera’²⁰.

Los lineamientos que ofrece este autor van dirigidos a la educación infantil, pero traspongámoslos a la educación de la juventud, a la sociedad educativa en general y también a la sociedad eclesial en todas sus instancias de formación, catequesis y apostolado, y obtendremos así un plan de formación adecuado a nuestros tiempos que exigen, ante el gran reto educativo mundial, la labor mancomunada de todos los estamentos de la sociedad, y en primer lugar de la Iglesia, en una meta común: la dignidad humana y la felicidad.

A estos dos objetivos, el autor añade otra meta universal que también nos parece apropiada para nuestra sociedad mundial; se trata de la «gigantesca empresa del Gran Proyecto Ético de la Humanidad, esa necesidad es imperiosa. La educación debe ocuparse de satisfacerla»²¹. En busca mancomunada de la verdad y en diálogo con la cultura contemporánea, deberemos responder al apagón pedagógico y emergencia educativa advertidos por Benedicto XVI, donde se da el oscurecimiento de la fe junto con la parálisis de la razón, en medio de una crisis de sentido, en una democracia sin valores y en una sociedad montada en el vértigo. La dignidad, la felicidad, la ética conducente al bien, son los primeros objetivos educacionales, a los que se debe aunar con igual potencia la propuesta directa y la expresión de la fe como «experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo», fe que atrae por la fuerza del amor, y no predicación basada en el proselitismo, como dice el documento de Aparecida. La felicidad de la persona es el gran objetivo; educar con alegría es el gran medio; la felicidad de educar es el gran proyecto de la humanidad y de cada individuo, como lo dice un antiguo poema japonés:

¿Me preguntáis cuál es la suprema felicidad aquí abajo?
Escuchar la canción de una niña que se aleja
después de haberos preguntado el camino²².

Rasgos de personalidad. ¿Qué perfil de persona encontramos? Cuando la verdad queda herida o difuminada en una época o cultura, la persona resul-

20 J. A. MARINA, *Aprender a vivir*, Ariel, Barcelona 2004, 9.

21 *Ib.*, 125.

22 Citado en *Ib.*, 11.

tante muestra también rasgos acordes con el medio. No entramos en análisis, sino solo hacemos una enumeración de las tipologías de persona que se han originado en la globalización de la desidia intelectual y del asalto a la verdad. Como hemos visto, los rasgos que presenta la verdad en la era líquida son: fragmentarismo, atomización, emotividad exacerbada, el mapa es el laberinto, el discurso líquido, palabra desplazada por la imagen... Como consecuencia de este *humus* social ideológico, encontramos los siguientes rasgos de personalidad emergente: persona anclada en el presentismo, persona atomizada, disgregada en muchos aspectos minúsculos, persona fumigada por la indiferencia y el nihilismo, persona carente de proyecto de vida, persona incapaz de atención continuada, persona que confunde el pensar con la emotividad, el raciocinio con el gusto, persona desligada de planteamientos teóricos, filosóficos o tocantes a la trascendencia, persona encerrada en un nuevo materialismo dialéctico que ahorra una verdad-práctica-productiva, persona que no se pregunta por el sentido de su vida, persona que ha logrado hacerse insensible a su propio vacío existencial.

Ante las deficiencias o vacíos del hombre contemporáneo en relación a la verdad, en su inquietud filosófica o en la confianza de hallar dicha verdad, viene en nuestra ayuda la persona de san Agustín, quien, con actitud de buscador inquieto y con sus escritos, puede dar aliento nuevo y despertar en las personas del siglo XXI el deseo de buscar la verdad como alimento del alma.

4. La verdad, nutriente de la persona agustiniana

El desarrollo de la persona parte del uso riguroso de la inteligencia, facultad que debe regir a la criatura creada a imagen y semejanza de Dios. Si lo analizamos desde la perspectiva de la interioridad agustiniana, tenemos que afirmar que la interioridad es una realidad objetiva, es decir, está constituida realmente por la suma de facultades y gracias que tiene el hombre, y por ende, solo donde se haga un ejercicio de la inteligencia a su nivel máximo y en concordancia con otras facultades y dones, podrá haber persona interiorizada, libre, verdadera. Sin el uso de la racionalidad y del intelecto no cabe hablar de persona integrada.

La principal tarea que se impone en tiempos de cultura líquida es luchar contra el escepticismo y afianzar la certeza de la verdad y de su posibilidad. A este propósito acude en nuestra ayuda san Agustín:

Hasta tal punto es importante para Agustín el hallazgo de la verdad de un modo cierto y seguro que se puede afirmar que esta tarea abarca toda su vida y es la razón de la misma. El Hiponense es el 'buscador de la verdad' por antonomasia dentro y fuera

de la Iglesia. Pues bien, uno de los obstáculos más duros que tuvo que superar antes de alcanzar la verdad fue el escepticismo, que a él le había dificultado encontrarla y a otros les hace abdicar de la esperanza y aun de la posibilidad de hallarla. Por eso, una vez alcanzada la verdad dentro de la Iglesia católica, lo primero que escribe el Hiponense es la obra *Contra los académicos*, dedicada a combatir el escepticismo de los llamados académicos, que lo defendían y difundían en su época²³.

A través del estudio, con la inteligencia se llegará al entendimiento intelectual que se abre a la verdad iluminadora que se constituye en el primer basamento humano en que construir la persona. Es un deber el ser inteligentes.

El serlo no es solo un don de la naturaleza, sino que es fruto de esfuerzo y disciplina (no solo mental), y en todo caso es todavía un deber mayor para quien ha recibido como un don la fe, y está obligado a demostrar que la fe expresa en grado máximo la inteligencia humana, pero que a la vez la exige y la provoca, la orienta y la ilustra, la sitúa en crisis y la... exprime²⁴.

Todo retrato de la sociedad posmoderna presenta el síndrome de ‘desafección de los vínculos’, subrayando el hecho de que los compromisos afectivos han perdido exigencia de cumplimiento y se evaden con indiferencia. De igual modo, podemos entender cuán profunda es hoy día la desvinculación entre individuo y verdad. Precisamente, ese puede ser el objetivo primero que nos tracemos en este trabajo: recordar a las personas del siglo XXI que la vinculación con la verdad es camino de integración y de dignidad, porque la verdad es el alimento del alma.

En los párrafos siguientes nos apoyaremos en textos agustinianos de base filosófica relacionados con la verdad y el intelecto. Sin embargo, no queremos llevar este estudio al extremo analítico de la gnoseología o teoría del conocimiento, sino que más bien deseamos desembocar en el efecto práctico de la ética y de las actitudes que el hombre actual deberá adoptar a modo de itinerario intelectual, ante la mentira y ante el falseamiento de la verdad en la cultura contemporánea. Intentamos animar esta peregrinación de búsqueda de la verdad con aliento agustiniano.

23 J. A. GALINDO RODRIGO, «La pedagogía, la catequesis de san Agustín y sus valores»: J. OROZ RETA y J. A. GALINDO RODRIGO (dirs.), *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy. III. Temas particulares de filosofía y teología*, Edicep, Valencia 1998, 269.

24 A. CENCINI, *La verdad de la vida*, San Pablo, Bogotá 2009, 368. Esta obra es una aplicación del tema de la verdad a la formación humana y espiritual de las personas de especial vocación consagrada, abarcando la formación inicial y la permanente.

a. Buscar la verdad: estudio

El primer compromiso ético del hombre que se descubre a sí mismo como capaz de razonamiento es “buscar la verdad”. Tanto la verdad como el acto de su búsqueda requieren esfuerzo, método, estudio. Pero, ante todo, esta búsqueda descansa en las grandes certezas que animan nuestra exploración. Tales certezas –de inspiración agustiniana– son: la verdad es; el hombre es; el hombre es capaz de Dios y el hombre es capaz de la verdad.

La persona que busca la verdad está llamada a ejercitar la ‘virtud’ del estudio. Estudiar no solo es ilustrarse, sino ante todo descubrir con esfuerzo el reverbero de las verdades interiores y la luz que proviene de verdades lejanas. Un hombre al estilo de Agustín no se entiende sino en una trabajosa dedicación a la investigación de la verdad en dialéctica inteligente con la cultura que se cuece en el ‘atrio de los gentiles’, como indicó Benedicto XVI.

San Agustín define al hombre como *capax Dei*, capaz de conocer a Dios, y capaz de hablarle e incluso de albergarlo en su interior. Esta cualidad ontológica del ser humano presupone que haya una facultad o vehículo por el que el hombre perciba ese Dios, y esta es el alma humana, sede de la inteligencia y principio de todas las acciones espirituales. El intelecto y la fe son los caminos de llegada. Luego la inteligencia es camino seguro.

La crisis contemporánea de la verdad está llevando a una reducción positivista e ideologizante del término “verdad”, encerrándola en el reducto de “verdad experimental”, con lo que el hombre pierde la integridad y la unidad en la verdad.

Como hemos indicado arriba, la indiferencia y la apatía por la verdad hoy producen en el hombre la cómoda decisión de no hacer de la verdad el nutriente de su vida. Hoy la cultura de la crisis hace que la sociedad vaya resbalando hacia la indiferencia ante el simple vocablo “verdad”. En versión agustiniana, el hombre como *capax Dei* es también capaz de la verdad y sigue con corazón inquieto –quizá atormentado– tras su búsqueda. El reto es animar a los académicos indiferentes de la posmodernidad a sumarse a esta visión gnoseológica humanista.

Veamos un sabroso texto en el que, refiriéndose al pasaje evangélico de la Samaritana, el Pastor de almas Agustín invita a usar el entendimiento para que el hombre no se degrade. A la Samaritana le dice Jesús: «Llama a tu marido». Agustín interpreta que este marido es la *inteligencia*, que es la forma acertada de ver la verdad, distinta a la de los sentidos, que son los cinco maridos que tuvo:

Al ver Jesús que la mujer no entendía y queriendo que entendiese, ordena: “*Llama a tu marido*”, pues desconoces lo que te digo precisamente porque tu inteligencia

no acude. Yo hablo según el espíritu, tú oyes según la carne. Lo que digo no tiene que ver con el placer del oído ni con los ojos ni con el olfato ni con el gusto ni con el tacto. Sola la mente lo comprende, solo el entendimiento lo extrae: ese entendimiento no acude a ti, ¿cómo comprenderás lo que te digo? Llama a tu marido, esto es, presenta tu entendimiento. ¿De qué te sirve, en efecto, tener alma? No es gran cosa, porque las bestias la tienen también. ¿Por qué eres de más valor? Porque tienes entendimiento, cosa que no tienen las bestias...

Hermanos míos, tener alma y no tener entendimiento, esto es, no usarlo ni vivir según él, es vida de bestia. Efectivamente, en nosotros hay algo de bestia, como lo que vivimos en la carne; pero debe ser regido por el entendimiento. En efecto, el entendimiento rige desde un plano superior los impulsos del alma que se mueve según la carne y desea desbordarse inmoderadamente hacia los placeres carnales... Sin duda, cuando la vida está ordenada, el entendimiento, aun perteneciente al alma misma, rige al alma, pues el entendimiento no es otra cosa que el alma, sino que algo del alma es el entendimiento. Esto mismo del alma, que es el entendimiento, se llama mente; la ilumina una luz superior. Por otra parte, esa luz superior que ilumina la mente humana es Dios, pues *existía la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*. Tal luz era Cristo; tal luz *hablaba con la mujer*. Pero ella no acudía con el entendimiento, para ser iluminado por esa luz y que no solo lo inundase, sino que también disfrutase de ella²⁵.

Hay correlación entre inteligencia, interioridad y personalidad.

La interioridad tiene la misión de orientar a la inteligencia. Como un radar, la interioridad va enfocando en un giro continuado de trescientos sesenta grados el radar de la inteligencia para que esta no descuide los campos de conocimiento que, acaso por desidia social o por malformación educativa, no suelen ser estudiados en nuestra sociedad: el hombre es capaz de Dios, el hombre es relación con otras personas, el hombre es comunión con un Dios trascendente, el hombre se realiza entregándose a los otros, el hombre puede alcanzar la verdad, y otras verdades nucleares que de ningún modo deben quedar por fuera del campo de estudio²⁶.

Ante la pereza intelectual y bulimia emotiva que presenta hoy la sociedad, podríamos airear una larga serie de textos en los que Agustín indica la necesidad primordial (no exclusividad) del uso de la razón en todas las cuestiones:

25 *Io. ev. tr.* 15,19.

26 L. ECHAZARRETA, *Interioridad: proyecto de vida...* 113.

«Entiende para creer; cree para entender»²⁷; «La fe es peldaño de la intelección, y la intelección es la recompensa de la fe»²⁸; «No te abandonó quien te llamó a creer, aunque te mande creer lo que no puedes ver aún; no te abandonó sin dejarte una luz que te ayude a creer lo que no ves»: «No es pequeño principio del conocimiento de Dios el conocer ya lo que Dios no es antes de que podamos saber lo que es. Ama intensamente el entender»²⁹; «Conocer algo –aunque sea un poquito– de Dios, da mucha mayor felicidad, por su riqueza incomparable, que comprender todas las cosas creadas»³⁰.

En la posmodernidad, la razón ha quedado recluida en el cientificismo, la verdad solo se considera tal si se puede experimentar en el laboratorio y la búsqueda filosófica ha quedado anulada al claudicar ante las preguntas sobre trascendencia y sentido del hombre. El pensador Francesc Torralba, ante esta desviación del intelecto, propone la visión que san Agustín tiene sobre la razón, que es la dimensión propiamente humana:

Cuando la razón abandona estos terribles enigmas de la existencia, entonces deja de ser humana, deja de ser personal y deviene un mecanismo automático de argumentación. La razón que no se pregunta por Dios y por el alma es una razón, o bien divina, que ya lo sabe todo y, por lo tanto, la pregunta es superflua, o bien es infrahumana, es decir, que no siente interés por estas cuestiones, lo que es propiamente animal. El animal nunca se interroga por estos temas. La razón humana desea elevarse a lo Infinito, anhela la comunión con Dios. Este *connatus*, esta tendencia hacia lo Misterioso es el rasgo más característico del hombre. En la postmodernidad se ha perdido esta dimensión y con ello se ha truncado el sendero que lleva a la razón humana³¹.

En esta búsqueda agustiniana, ¿se puede oponer la racionalidad al amor? Agustín exclama: «Dame un corazón amante». La teoría del conocimiento de san Agustín, basada en la iluminación, según la cual «la inteligencia humana, cuando está ejerciendo su función propia, recibe una luz intelectual de parte de Dios que le permite

27 s. 43,9.

28 s. 126,1.

29 ep. 120,3,13.

30 Gn. litt. 5,16,34.

31 F. TORRALBA ROSELLÓ, «Orientar desde una perspectiva agustiniana»: AA.VV., *La tutoría agustiniana*, FAE, Madrid 2003, 19.

conocer todas las cosas que conoce»³² rebasa las estrictas ventanas de la inteligencia racional y se abre a luces cognoscitivas que conllevan elementos emocionales y volitivos, y también a otros caminos que no son específicamente racionales-filosóficos, sino de alcance trascendente como la ‘consciencia del corazón’, la consideración de la ‘capacidad humana de la felicidad’, la ‘capacidad de Dios’ (*capax Dei*) o la ‘capacidad del reino de Dios’, como líneas de búsqueda y de intelección³³.

Agustín, ya desde sus inicios como investigador sobre la verdad, no confunde, pero sí funde y armoniza las facultades crítico-filosóficas con las provenientes de otras fuentes –como la luz teológica–; por eso, en la cadena de pasos intelectivos que ofrece su teoría gnoseológica, están asumidos elementos como: supremo bien, sabiduría, vida feliz, maestro interior, gozo de la verdad.

El concepto de la verdad, fuente de las normas de juicio de las que dependen nuestras mentes –una fuente identificada con Dios– es un concepto que está elaborado en sus escritos acerca del conocimiento y de la vida feliz. “La vida feliz es el gozo de la verdad, es decir, el gozo de ti, que eres la verdad, oh Dios, mi luz y la salvación de mi rostro, Dios mío».” Y en otro lugar: “¿Qué es la sabiduría sino la verdad en la que se discierne y se capta el sumo bien?”³⁴.

En estas pistas de búsqueda intelectual, más bien se podría decir metafóricamente que el intelecto olfatea a Dios y a la verdad, sigue y persigue las huellas de su rastro. Como si el intelecto tuviera vocación mística.

La persona consistente afianza su ser en el conocimiento, facultad diferenciadora del hombre, sin la cual cualquier otra competencia o actividad quedarían disminuidas o anuladas. A partir del conocimiento se entiende el amor, se entiende la fe, se entiende la persona que desea afianzar sus pasos de crecimiento, como proyecto de vida en la verdad. Esa verdad es razón y razonable, mas no racionalista, porque está acompañada de múltiples factores como el afecto, por ejemplo –los oídos y los ojos del corazón, de los que habla Agustín–, pero todos los vectores no exclusivamente racionales, como la fe o los afectos, exigen ser puestos bajo la luz de la inteligencia. Agustín indica que, en el caso de la religión, el primer paso es la fe, y el segundo el conocimiento; el primero es la tarea, el segundo es el premio, mas siempre

32 J. A. GALINDO RODRIGO, «La pedagogía...», 269.

33 Cf. D. STANCIU, «Consciencia, *Capax Dei* y salvación en Agustín. ¿Qué hubiera dicho Agustín del “vacío explicativo?”»: *Augustinus* 64 (2019) 443.

34 Cf. voz ‘Verdad’: A. FITZGERALD, *Diccionario de san Agustín*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 1313. Las citas explícitas son de *conf.* 10,23,33 y de *Lib. arb.* 2,9,26.

someterá los datos de la fe al análisis de la razón, pues es una exigencia del ser humano como ser racional.

En el orden del conocimiento, el primado lo tiene el amor, pero ¿hay oposición entre amor y racionalidad? San Agustín, en el camino de intelección, «asume una perspectiva místico-religiosa; sin embargo, no se pone en entredicho nunca la legitimidad del planteamiento racional»³⁵.

En etapa avanzada del pensamiento agustiniano, entender significa amar y es también felicidad, pero el amor es complemento de la razón y no alternativa a esta, y solo en este orden se da el proceso lógico del *ordo amoris*: «Cuanto mayor sea el conocimiento, tanto mayor será el amor»³⁶, motivo por el que algún autor habla de “amor racional” o de “amor inteligente”³⁷. Este amor ordenado es «la razón de amor», con lo que se declara que es la tensión hacia el Ser supremo la que mantiene en la existencia al sujeto cognoscitivo y amante, el cual, mediante los seres intermedios (las realidades temporales, todas ellas hermosas y buenas), es reconducido a su Principio originario, a su término final³⁸.

Así pues, entendimiento y amor forman la dupla agustiniana que conduce a la verdad. Incluso los datos admitidos por la fe exige Agustín sean expuestos al análisis racional, si bien en algunos casos la razón no logrará entender. Junto al papel central del conocimiento aparece en primer plano la función irremplazable de la voluntad, cuya expresión y plenitud están representadas por el amor: «La voluntad recta es el amor bueno»³⁹. Y también: «No se entra en la verdad, sino por el amor». Afirma José A. Galindo que

la verdad a que se refiere es aquella en la que se implica el destino de la persona humana: conocer la composición del agua es algo aséptico, pero, por el contrario, conocer afirmando la existencia de Dios es algo muy comprometido, porque debe implicar un cambio sustancial en la vida de la persona. Por eso en muchas negaciones de Dios se esconde el miedo al compromiso radical que su afirmación conlleva⁴⁰.

35 L. ALICI, “Introducción a la filosofía de san Agustín”: J. OROZ RETA y J. A. GALINDO RODRIGO (dirs.), *El pensamiento de san Agustín para el hombre de hoy. I. La filosofía agustiniana*, Edicep, Valencia 1998, 166.

36 *spir. et litt.* 34.64.

37 Cf. E. GÓMEZ GARCÍA, “Entusiasmados por la atracción del amor. Apuntes de pedagogía cordial”: AA.VV., *Ama y has lo que quieras. Por una escuela empática y emocional*, FAE, Madrid 2016, 51-53.

38 40. L. ALICI, “Introducción... 166.

39 *ciu. Dei* 14,4,2.

40 J. A. GALINDO RODRIGO, *Pedagogía de san Agustín: Augustinus*, Madrid 2001, 137.

La persona solo es verídica cuando se construye en la verdad y “realiza” la verdad en el amor: «El amor verdadero es vivir justamente, adheridos a la verdad»⁴¹. Amar la verdad hace al hombre bueno. Tres pernos de una ética agustiniana: verdad, amor, bondad. «Merece ser considerado buena persona no quien conoce lo que es bueno, sino quien lo ama»⁴². Agustín pide un corazón que ame para entender:

Dame un corazón amante, y sentirá lo que digo. Dame un corazón que desee y que tenga hambre; dame un corazón que se viva a sí mismo como peregrino en este desierto, y que tenga sed, y que suspire por la fuente de la patria eterna; dame un corazón así, y este se dará perfecta cuenta de lo que estoy diciendo (se refiere al atractivo que sobre la persona humana ejerce la gracia de Dios por medio de su amor y el gozo espiritual que lleva consigo). Mas, si hablo a un corazón que está del todo helado, este tal no comprenderá mi lenguaje⁴³.

En la búsqueda de la verdad, es decir, en el estudio, adquiere importancia la lucha contra el desánimo del escepticismo. En efecto, dar cabida al escepticismo como actitud o doctrina es una derrota del espíritu humano que claudica ante el empeño, arduo ciertamente, de buscar y conquistar la verdad, o al menos de persistir en su búsqueda al modo del inquieto buscador, Agustín.

El escepticismo lanza afirmaciones totalizadoras contra la verdad y parece que requiriera, a su vez, contraargumentos compactos que se basen en la solidez del ser y del razonar. Sin embargo, Agustín socaba la aparente solidez del escepticismo, precisamente con la fingida inocuidad de la duda o de la pregunta humilde. Si Descartes esgrime el *cogito ergo sum* (pienso, luego existo), Agustín acude a la duda y a la equivocación. Afirma: «Yo dudo. Y no puedo dudar de la verdad de mi propia duda». O bien: «Para equivocarme necesito existir». En *La ciudad de Dios* declara taxativamente: «Si me engaño, existo; pues quien no existe, no puede tampoco engañarse; y por esto, si me engaño, existo»⁴⁴.

Para el Hiponense la total y absoluta certeza de que existe la verdad ha de ser incluso mayor que la de la propia existencia⁴⁵. El libro de *Retractaciones* se abre precisamente con un manifiesto contra el escepticismo, indicando que, para «ellos para todo es obscuro e incierto»:

41 *trin.* 8,7,10.

42 *ciu. Dei* 11,28.

43 *Io. ev. tr.* 26,4.

44 *ciu. Dei* 11,26; cf. *trin.* 15,12,21.

45 Cf. *conf.* 7,10,16.

Habiendo dejado, pues, ya las cosas que había conquistado y renunciado a las que tenía deseo de conseguir siguiendo en pos de las ambiciones del mundo, habiéndome acogido al descanso de la vida cristiana, aunque todavía sin recibir el bautismo, escribí en primer lugar los libros *Contra académicos* o acerca de ellos, con el fin de apartar de mi ánimo, con cuantas razones pudiera, sus argumentos, que todavía me presionaban a mí y con que quitan a muchos la esperanza de hallar la verdad; esto es, que no se ha de dar asentimiento a ninguna cosa y que el sabio no ha de aprobar ninguna verdad como manifiesta y cierta, porque, según ellos, todo es obscuro e incierto⁴⁶.

b. Vivir la verdad: honestidad

Además de buscar y ‘alcanzar’ la verdad de modo intelectual, su fuerza ética empuja a ‘vivirla’ por medio de las virtudes de la honradez y la honestidad. Honestidad y honradez significan hacer de la vida verdad y correlativamente hacer de la verdad vida. Vivir la verdad es transformarse personalmente en verdad, dejarse transformar por ella logrando una *adaequatio* entre la verdad entendida y la conducta personal. Vivir la verdad es coherencia interna, es santidad.

Una de las dimensiones éticas de la verdad es “hacer la verdad”, que consiste en actuar con principios de verdad, y, cuando esta se lleva a todos los actos de la vida, la definimos como honestidad. El ser humano es un ser proyectivo, no se limita al ‘estar ahí’ como mera existencia. Por ende, está llamado a decidir de sí mismo mediante el obrar, a proyectar su espíritu en la acción. La persona es instada por su propio ser a buscar la verdad del deber-ser, la verdad que dirige su propio obrar. Así se entiende que la axiología revela el sentido, mientras que la ética será el camino de su realización. Esta verdad es, a la vez, valor y cometido, es algo que tiene ya consistencia, pero que, a la vez, está en movimiento, desarrollando sus potencias. Es una verdad *in fieri*, haciéndose continuamente vida.

La verdad-valor es la que da la conciencia de los bienes fundamentales y decisivos de la persona. Da forma a la libertad moral de la persona. Pero es también verdad-cometido, porque el valor es una verdad exigente, que induce a la acción. El obrar humano no está dominado por la indiferencia, sino profundamente motivado a expresar ese bien poseído. La verdad llama al hombre a la acción y a la propia realización humana y humanizadora de sí, de la sociedad y del mundo⁴⁷.

‘Hacer la verdad’ en una sociedad donde abunda el engaño, la hipocresía y la vida fraudulenta, pide formar al hombre en sinceridad y honestidad. Ser –según

46 *retr.* 1,1,1.

47 Cf. M. COZZOLI, «Verdad y veracidad...», 1845.

metáfora agustiniana— ese matrimonio entre lo que se dice y lo que se hace, alianza entre la palabra y la acción. No hacer divorcio entre estas dos partes.

¿Hay algún grado más elevado en el espectro agustiniano que indique qué es ‘hacer’ la verdad? Veamos. Joseph Ratzinger, al comentar *Confesiones* X,1, presenta una secuencia triple que conduce hasta el ‘hacer la verdad’. El primer paso consiste en que Agustín se llama a sí mismo a «conocer a Dios como soy yo conocido por él»; el segundo paso es una exhortación al alma a que entre en sí misma y se encuentre a sí misma; y la meta o tercer paso de este itinerario de verdad se cifra en este programa que ya es de por sí logro: «Quiero hacer la verdad en mi corazón ante ti mediante la confesión, y mediante mi compunción ante muchos testigos». ‘Hacer la verdad’, pues, es desde esta altura de las *Confesiones* agustinianas hacer “confesión de Dios”.

«El que hace la verdad, se acerca a la luz» (Jn 3,21). Agustín interpreta estas palabras del apóstol Juan así: Este obrar la verdad exigido por el Señor en el que el hombre llega a la luz tiene lugar precisamente en la *confessio*. Confesión es alabanza, es reconocimiento de la primacía absoluta de Dios y aceptación del nulo protagonismo del hombre. Tocamos, pues, en estas ideas el concepto de la gracia. Lo que el hombre hace y puede hacer ante Dios no es presentar logros propios, sino precisamente renunciar a la propia autoafirmación ante Dios y reconocer la bondad exclusiva de Dios⁴⁸.

En tiempos de exhibicionismo y ‘egocracia’ se hace difícil entender que ‘hacer verdad’ sea someterse a la verdad y, de ese modo, llegar a la luz. La propia persona, cuando ‘confiesa’ la verdad y le permite a esta trasfigurar su ser, se convierte en verdad. ‘Hacer verdad, llegar a la luz, ser verdad’ se convierte en una propuesta de largo alcance metafísico, espiritual y social para nuestro hombre contemporáneo. En mundo posmoderno, ‘hacer verdad’ quiere decir ‘aprovecharse, manipulando la verdad’, mientras que una *confessio* agustiniana de la verdad invita a dejar que la gracia actúe con todas sus consecuencias.

‘Hacer verdad’ es vivir la verdad, y esto se traduce por ‘ser feliz’. Veamos. El arte de pensar y el uso de la inteligencia racional son fuerzas humanas que están en la persona para potenciar su crecimiento, razón por la que el recto uso de la inteligencia deberá llevar a un cierto grado de perfección y de alegría. En la filosofía clásica, la línea de pensamiento humanista ha visto que la filosofía deberá llevar a la sabiduría, y esta no se da sino en la felicidad. ¿Para qué queremos a los filósofos, si no nos enseñan a ser felices?, nos preguntamos con san Agustín.

48 Cf. J. RATZINGER, «Pueblo y casa de Dios en la doctrina de san Agustín sobre la Iglesia»: *Obras completas*, I, BAC, Madrid 2015, 406-408.

Si la potencia más excelsa es la razón y la verdad es el objeto de la razón, la consecución de la verdad deberá calmar y colmar lo esencial del ser humano, y esta culminación intelectual y espiritual ¿no es ya la misma realización humana, con sus manifestaciones de alegría, paz, felicidad y realización integral?

Conocimiento, verdad y vida feliz forman un trípode del pensamiento agustiniano: «La vida feliz es el gozo de la verdad, es decir, el gozo de ti, que eres la verdad, oh Dios, mi luz y la salvación de mi rostro, Dios mío»⁴⁹.

c. El orden, ámbito de felicidad

El orden es el modo por el que Dios hace todas las cosas. Por su parte, la fuerza del hombre que analiza las cosas buscando una unidad que las haga inteligibles y coherentes se llama *razón*. En el orden, comenta Agustín, está Dios o es manifestación de él. El orden que produce la verdad en el intelecto y en las facultades del hombre, son base de su yo integrado, principio de felicidad. En Casiciaco Agustín escribe su diálogo *Sobre el orden*, en el que explica que este es escala hacia Dios: «El orden es el que, guardándolo, nos lleva a Dios; y si no lo guardamos en la vida, no lograremos elevarnos hasta Él»⁵⁰, pero aún afirma algo más notable, y es que, cuando el orden se aúna con la inteligencia, la persona está con Dios (si antes se ha entendido a sí mismo) y, aún más, que aquello que posee el sabio en su intelección está en el ámbito de Dios:

El sabio está ciertamente con Dios, porque también a sí mismo se entiende el que lo es. Esta es una conclusión derivada de lo que tú has dicho: que está con Dios el que lo abraza con su inteligencia, y de lo que nosotros decimos, conviene a saber: que también está con Dios aquello que es objeto de la intelección del sabio⁵¹.

Un itinerario apasionante que deberemos proponer al mundo posmoderno: la inteligencia es orden; el orden es vivir la verdad; vivir la verdad es ser feliz; está con Dios el que lo abraza con su inteligencia.

d. La paz, señal y producto de la verdad

La ‘tranquilidad del orden’ es la paz, en famosa definición agustiniana. En tiempos de vértigo como los actuales, los filósofos y educadores deberán hacer

49 *conf.* 10,23,33.

50 *ord.* 1,9,27.

51 *ord.* 2,2,5.

la propuesta del orden y de la paz como líneas de desarrollo, como caminos de equilibrio y de plenitud, pasos firmes de desarrollo de la persona. Solo la verdad asumida como valor rector, poseída y vivida en la honestidad del quehacer diario, hace que el hombre tenga consistencia. Y este hombre sereno y feliz es el que en mejores condiciones se halla para apreciar la verdad y seguir buscándola. La angustia del abandono y el oscurantismo del existencialismo desgarrado resultan atrayentes como relato kafkiano, pero no son los caminos más esclarecedores de verdad.

La paz es la clave de bóveda en el arco de la ‘vida buena y feliz’. Por ella acaban definiéndose todos los bienes que, cuando son los de la bienaventuranza, es conveniente que se llamen ‘vida eterna’, ‘paz de la vida eterna’ o ‘vida eterna en paz’. Al bien de la paz tienden todas las aspiraciones. «Tan estimable es la paz, que incluso en las realidades terrenas y transitorias normalmente nada suena con un nombre más deleitoso, nada atrae con fuerza más irresistible; nada, en fin, mejor se puede descubrir»⁵².

Si la paz se aniquila totalmente, se produce la absoluta nada.

Tanto los pueblos y repúblicas como los hombres buscan su felicidad. La filosofía busca la felicidad; el intelecto y el amor se aúnan en la consecución de esta meta. El camino se anda en las virtudes, que son los pasos del ‘orden del amor’⁵³. La sabiduría debería ser en nuestros tiempos el gran proyecto del hombre que haga a las personas y a las sociedades felices y dignas. Se habla de la inteligencia espiritual, y se podría también diseñar agustinianamente la inteligencia del éxtasis, pórtico y llegada al templo de la Verdad que ilumina todo el camino de verdades.

Las catedrales suelen tener un pórtico que invita al peregrino a prepararse anímicamente para ingresar al encuentro con el misterio que se va a dar cuando dé el paso siguiente hacia el ámbito interior de la casa sagrada. Ese ‘pórtico de la gloria’ conviene andarlo lentamente, vivirlo despacio, sintiendo sus efectos de catecumenado para la admiración, el éxtasis, la sintonía con lo otro numinoso... No existe esta denominación para la inteligencia; sin embargo, habrá que educar en esta línea de conocimiento y racionalidad como el arte de contemplar la verdad, como aquel pórtico de entrada que facilitará al hombre y a los jóvenes de nuestra sociedad el acceso al éxtasis (no al vértigo), a la admiración, a la contemplación, al silencio sonoro, a la meditación transformante, a la capacidad de asombro, a la creación artística. Se están desertizando hoy día estas parcelas intelectuales... Esta que llamamos ‘inte-

52 *ciu. Dei* 19,11.

53 *Cf. ciu. Dei* 15,21.

ligencia del éxtasis' nos lanza al conocimiento más profundo, donde la inteligencia se empapa de sabiduría, mística y visión⁵⁴.

Con la palabra 'éxtasis' denominaron los griegos el ascenso hacia lo elevado y perfecto, lo bien logrado. También decimos 'entusiasmo' al hecho de estar 'lleno de Dios', que para nuestro caso significa «la alegría, la conciencia feliz de estar desarrollando plenamente mi personalidad. Al adentrarme en un estado de plenitud personal, siento felicidad, veo que he llegado a una cumbre»⁵⁵.

e. Decir la verdad: sinceridad

La sinceridad y la veracidad son también exigencias éticas de la verdad. Veracidad es exigencia de fidelidad.

La veracidad no es tanto la ley que prohíbe la mentira como la autoconciencia cargada de exigencia de una fidelidad. Es fidelidad a la verdad, y por tanto a Dios, fundamento, fuente y plenitud de la verdad. Y, asimismo, a la verdad que me hace verdadero; y a los otros, encontrados en la verdad que une y hace la comunidad. Por eso la infidelidad a la verdad es 'decreadora', y la Escritura la identifica con el maligno y su acción⁵⁶.

Sinceridad no queda limitada a la mera dicción de enunciado. Es el *modus* de la persona que se revela en la verdad. Por ello, sinceridad es la manifestación del propio ser verdadero, por la cual la persona se ofrece en la verdad. Como «en la *emet* bíblica, son la misma cosa: la verdad del propio ser que se auto-revela, 'la veracidad de la propia verdad para los otros'»⁵⁷.

Se exige primero verdad consigo mismo. Por tanto, actuar contra los mecanismos con los que falsificamos la realidad para concedernos una imagen ficticia de complacencia. Y sinceridad con los otros. Hay una manifestación y relación yo-tú. La verdad aquí se convierte en fermento de comunión. Mostrarse es ofrecerse a la mirada, revelar el propio rostro, comunicar en la verdad del rostro. De esta reciprocidad de rostro y mirada procede la dinámica social de comunión y comunidad, es una fidelidad simultánea. El hombre es espíritu, pero no es trans-

54 L. ECHAZARRETA, *Interioridad...* 107s.

55 A. LÓPEZ QUINTÁS, *Descubrir la grandeza de la vida*, Verbo Divino, Estella 2003, 53.

56 M. COZZOLI, «Verdad y veracidad...», 1849.

57 *Ib.*, con cita explícita de K. Rahner.

parente por sí mismo, y no puede ofrecerse al interlocutor sino por la mediación reveladora de la exterioridad. De ahí el papel decisivo de la libertad en esta mediación de la verdad: el hombre puede ofrecerse en la transparencia del rostro o en su enmascaramiento, en la unidad de la sinceridad o en la doblez de la hipocresía. Cuando la persona vive la verdad en sus variadas dimensiones, está construyendo su vida en roca firme, y no en arena, o en sociedad líquida de pensamiento blando y moralidad indolora. Uno de los basamentos de la persona consistente y realizada no puede ser otro sino el de ser verdad en sí misma, que es dejarse guiar por la verdad, hacer verdad, hacerse verdad. Esto es hacerse persona. La verdad es cimiento y materia nutriente, porque hace al hombre leal consigo mismo y le abre a relaciones constructivas con su entorno y con la sociedad.

Así, en una libertad de lealtad, el hombre es él mismo y fuente de confianza y de fiabilidad. Se mide con la verdad. De la confianza que la sinceridad funda y derrama procede la comunión y vive la comunidad humana. Por ella nos encontramos de persona a persona, en la reciprocidad donante y acogedora del amor⁵⁸.

San Agustín habla de lo natural que resulta ser y decir verdad, y del gran esfuerzo que exige el mentir:

Los hombres trabajan y se esfuerzan al decir mentira; sin embargo, expresarían con suma facilidad la verdad. El que finge al hablar, trabaja. El que quiere decir la verdad, no se esfuerza, pues la misma verdad se declara sin esfuerzo⁵⁹.

El testimonio. La verdad lleva en sí una exigencia que empuja a la persona a convertirse en su testigo. Cuando un emisor es veraz, está haciéndose testigo de la verdad que enuncia y también testigo de su propio ser. La verdad me constituye e identifica convirtiendo mi palabra y todo mi ejercicio comunicativo en un rostro revelador.

Por mi testimonio, el otro no solo recibe una verdad-noticia, por la que es informado, sino ante todo recibe mi ser personal, por el que él es implicado y partícipe de mi existencia. Entrego al otro una verdad-persona en una comunicación que es pórtico a la comunión.

En el testimonio la vivencia precede a la palabra y la hace verdadera; coherencia atractiva y arrolladora con que vive la verdad que profesa. El otro, más que convencido o persuadido, es conquistado para la verdad.

58. Cf. *Ib.*, 1850ss.

59. *en. Ps.* 139,13.

El testimonio es una exigencia ética de la *verdad-valor-sentido* que llama a la coherencia operativa. Y exigencia también del *amor-caridad* que llama al anuncio, a la comunión en la verdad. Cada uno responde al testimonio en su circunstancia y vocación. Nadie puede sustraerse al testimonio, eso es una indiferencia a la verdad, un gris axiológico que conlleva culpabilidad de la persona.

Para el cristiano, el testimonio es más que una exigencia ética. Es la vida cristiana misma recibida como gracia y tarea sacramental: ser signo trasparente y atractivo de Cristo-verdad constitutiva y dinamizante de toda nuestra vida. La veracidad cristiana es por sí misma un testimonio (cf. He 1,8; 10,39; 2 Tes 1,10). Brota de una experiencia personal de la verdad, toma forma en una escucha observante y comprometida (cf. Jn 14,15; 15,10; Lc 11,28; St 1,22), es no prestigio de la palabra, sino ministerio del testimonio del Evangelio. Exige franqueza, valor, *parresía*. La veracidad cristiana es siembra de credibilidad. El Apocalipsis condena fuertemente el no testimonio, presentado como indiferencia o tibieza.

En la sociedad postmoderna, la mayor obstrucción a la verdad, y a la verdad cristiana, no es la oposición frontal, que también, sino el contagio de la indiferencia. Hay que estar conscientes de que la ideologización postmoderna ha contrarrestado la *parresía* de los testigos con el *spray* adormecedor de la indolencia. Por eso, en nuestro ambiente de sociedad líquida, afrontar el tema –o problema– de la verdad se ve cada vez más una tarea quimérica.

f. Verdad, punto de encuentro

La Verdad tiene también urgencias éticas de ecumenismo, de diálogo con la cultura y de creación de plataformas de encuentro, porque es poliédrica. San Agustín propone: «La verdad no es tuya ni mía, para que pueda ser tuya y mía»⁶⁰. El diálogo y el encuentro están en la base de esta concepción de la verdad, que tiene consistencia *per se ipsa*, pues «la verdad es ella misma»⁶¹ y, por tanto, no deberá dividir sino crear unidad en torno a ella. Eso se da cuando la verdad se ‘hace’ vida. Dice el papa Francisco que «la vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida» (FT 215). Verdad es punto de encuentro, eje de atracción en torno al cual gravitamos todos como unificados a su alrededor formando círculo comunitario, porque la verdad está por encima de las individualidades y ejerce su atracción hacia todos.

60. *en. Ps.* 103,2,11.

61. *en. Ps.* 84,16.

Amedeo Cencini, estudiando la verdad como relación y creación de comunión, dice que esta nos obliga a una continua tensión de aprender a mirar, a escuchar, a pensar y a dialogar. Por lo que se refiere al mirar, aclara que es esencial aprender a mirar a todos, y refuerza este “a todos” con las siguientes palabras de Sertillanges:

La verdad grita en las calles y no nos descuida, cuando nosotros nos descuidamos de ella. Hay ideas en los hechos, en las conversaciones, en las coincidencias fortuitas, en los espectáculos, en las visitas, en los vagabundeos, en las lecturas más triviales. Todo contiene tesoros, porque todo está en todo y las leyes de la vida y de la naturaleza lo rigen todo. Newton no habría descubierto la gravitación, si su atención a la realidad no le hubiera advertido y dispuesto para darse cuenta de que las manzanas caen como los universos... Ahora bien, estas riquezas podemos nosotros captarlas, si estamos presentes. Si dirigimos a todas las cosas una mirada inspirada veremos en todo lugar lecciones. Pero en la mayor parte de los casos –concluye decepcionado el pensador– nos hallamos distraídos. Así que tenéis que aprender a mirar⁶².

La constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II abre un diálogo con la cultura y personas del mundo contemporáneo en la conciencia de que, incluso la oposición de las gentes a su doctrina, puede resultarle de mucho provecho, pero sobre todo insiste en que las personas «pueden ayudarle mucho y de múltiples maneras en la preparación del evangelio» (GS 40). De esta manera, proclama Pablo VI, «la Iglesia debe ir hacia este diálogo con el mundo que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio» (ES 34). El papa Francisco promueve insistentemente una Iglesia que busca el encuentro en el diálogo, invitación que ha hecho más clara aún en su encíclica *Fratelli Tutti*:

Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo ‘dialogar’. Para encontrarnos y ayudarnos mutuamente, necesitamos dialogar (FT 198).

La *dinamismo* de la verdad, puesta en estudio común con análisis ecuménico, será la misma fuerza que disuelva la indiferencia, la posverdad, la sociedad del espejismo y espectáculo y consumismo, la sociedad líquida disolvente de la verdad. Si mantenemos el pulso con la verdad, en diálogo abierto, podremos construir en común, pero eso sí, siempre ajenos al relativismo y a la creencia de que no hay verdades objetivas ni principios sólidos y válidos, donde la inteligencia

62 A. D. SERTILLANGES, *La vita intellettuale*, Roma 1998, 140, citado en A. CENCINI, *La verdad...* 376.

humana puede captar algunas verdades que no cambian desde la aceptación de la naturaleza humana (cf. FT 206-208). Esta perspectiva de la verdad facilita el encuentro y el verdadero diálogo, no la tolerancia vana ni la claudicación:

En el verdadero espíritu de diálogo se alimenta la capacidad de comprender el sentido de lo que el otro dice y hace, aunque uno no pueda asumirlo como una convicción propia (FT 203).

Resuenan como pacto y alianza las últimas palabras de la encíclica:

Asumimos la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio (FT 285).

‘Decir’ la verdad lleva una dosis de tolerancia, diálogo y encuentro. La verdad no se da de forma pura, sino marcada por connotaciones históricas, culturales, siempre susceptible a fragmentarismos y determinaciones parciales o espurias. El tejido de la verdad tiene muchas manos y distintos colores.

La veracidad del ‘decir’ permite que cada uno manifieste la verdad de modo propio, y a esta riqueza sinfónica cada uno aporta desde su modo particular, aunque siempre habrá que mantener la verdad como valor en sí, en torno al cual se pueden dar diversas aproximaciones. La tolerancia no exime del amor en la verdad. No se puede ser indiferente y hay que buscar salvar la caridad y también salvar la verdad, como sucede cuando la ‘verdad’ del interlocutor es sentida como una opinión discutible o inaceptable, que no compartimos por respeto a la verdad.

Amor y verdad se implican, mas no se excluyen de modo alguno. «El amor se complace en la verdad» (1Cor 13,6) y «la verdad se realiza en la caridad» (Ef 4,15). La tolerancia no forma parte del relativismo ni del irenismo.

g. El conocimiento sin el amor no salva

Así lo entiende san Agustín cuando, en el comentario a la 1 Carta de san Juan, afirma que las cosas que conocemos de Dios parecen encarecer el conocimiento, cuando en realidad lo que afianzan es el amor:

Todas estas cosas, hermanos: el conocer al que existe desde el principio, el ser fuertes, el conocer al Padre; todas estas cosas que parecen encarecer el conocimiento ¿no encarecen el amor? Si hemos conocido, amemos, pues el conocimiento sin el amor no salva. La ciencia hincha, el amor edifica (cf. 1 Cor 8,1). Si quieres confesar y no amar, comienzas a parecerte a los demonios. Los demonios confiesan que

Cristo era el Hijo de Dios y decían, *¿Qué tenemos que ver nosotros contigo?* (Mt 8,29). Pero eran rechazados por él. Confesadlo y abrazadlo. Ellos, en efecto, temían a causa de sus maldades, vosotros amad al que perdona las vuestras⁶³.

San Agustín da ejemplo de diálogo con la cultura no ilustrada aún por la fe católica, en un amigable trato epistolar que lo mantuvo relacionado con un grupo de intelectuales que disertaba sobre aspectos de la fe que no lograban entender, temas difíciles sobre los que su amigo Volusiano le pide explicaciones. Acuden, pues, amistosamente a la sabiduría del afamado escritor Agustín, formando algo así como un club cultural, de agrupación laica, inquieto ante ciertos aspectos de la fe, pero en sincera búsqueda filosófica y dialéctica que cuenta con el privilegiado acompañamiento –al menos epistolar– del maestro Agustín⁶⁴.

El camino de búsqueda de la verdad trazado por Agustín, así como su implicación personal en este anhelo, nos ofrecen para la sociedad líquida un nutriente esencial: la verdad, alimento del alma.

Lucilo ECHAZARRETA SARABIA, OAR
Colegio San Martín de Porres
Pueblo Libre-Lima (Perú)

63 *ep. Io. 2,4-9.*

64 *Cf. ep. 135.*